

JOSE BERNARDO COUTO

Nació en Orizaba, Ver., el 29 de diciembre de 1803 y falleció en México, D. F., el 11 de noviembre de 1862.

Abogado, Parlamentario, Consejero de Estado en 1842, Ministro de Justicia durante la administración de don José Joaquín de Herrera (1845); Comisionado junto con Ignacio Mora Villamil y Miguel Atristáin para entablar las negociaciones de paz con los Estados Unidos en 1847, que culminaron en los tratados de Guadalupe Hidalgo del 2 de febrero de 1848. Trabajó al lado del Dr. Mora y elaboró un extenso informe acerca del desagüe de Huehuetoca y posteriormente en 1825 una disertación acerca de la naturaleza y límites de la autoridad pontificia, obra de juventud "en estilo descompuesto e irreverente" como él mismo la calificaría años más tarde, al publicar su *Discurso sobre la Constitución de la Iglesia* en oposición al folleto de Manuel Baranda, *Apuntes sobre el Derecho Público Eclesiástico*, discurso que Menéndez y Pelayo calificó como obra "que basta para la reputación del más encumbrado canonista". Fue Presidente de la Junta Directiva de la Academia de Bellas Artes, que restauró y enriqueció, protegiendo a artistas como Vilar y Clavé. Ocupó asimismo el puesto de Rector del Ilustre y Nacional Colegio de Abogados, de 1860 en adelante.

Su patriotismo, honestidad, luces y actividad le hacen merecedor del juicio que Don José María Roa Bárcena dio acerca de Pesado y otros prohombres del pasado siglo: "Patrios en quienes la política no mató ni resfrió el amor a las letras; sabios que en bien de la sociedad y de la patria pusieron en circulación el tesoro de sus conocimientos aplicándolos a todas las cuestiones importantes de su tiempo; escritores a quienes la grandeza de las ideas y la intensidad de los afectos no hicieron descuidar la claridad y galanura de la frase; hombres notables, de consiguiente, en su triple carácter de ciudadanos, literatos y artistas."

Colaboró con Orozco y Berra en su *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, para el cual preparó las notas biográficas del Dr. José María Luis Mora, de Javier Echeverría, de los Padres Andrés Cavo y Pedro José Márquez. Notable también es su *Biografía de don Manuel Carpio*. Poeta, escribió varias poesías y tradujo el *Arte Poético* de Horacio. Compuso también un *Himno de la Iglesia*. Como cuentista se recuerda la *Mulata de Córdoba* y la *Historia de un peso*. Sin embargo, su obra representativa es el *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, clásica "síntesis de la historia de la pintura colonial", como la llama Manuel Toussaint, y la cual escribió entre 1860 y 1861.

Han estudiado a este personaje: Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, en *Obras completas*

de... , 5 v. México, 1903-1904, IV y V.; Emeterio Valverde y Téllez, *Crítica filosófica o estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía escritas, traducidas o publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días*. Concluyen las *Apuntaciones Históricas sobre la Filosofía en México*", México, Tip. de los Sucesores de Francisco Díaz de León, 1904, VI-497 p. (Obras de Don Emeterio Valverde Téllez, Presbítero); Jesús Galindo y Villa, *El Panteón de San Fernando y el futuro Panteón Nacional. Notas históricas, biográficas y descriptivas*. México, Imp. del Museo Nacional, 1908, 216 p. ils. Sobre el retiro de los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Etnología e Historia*, 2a. ép. t. 4. México, 1907, p. 337-552. En la edición del *Diálogo* de 1872 apareció amplia y hermosa nota biográfica que Toussaint completó y aprovechó con numerosas apreciaciones críticas en la edición de México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 162-[2] p. ils. (Biblioteca Americana 3); Luis Islas García, "Bernardo Couto defensor del arte mexicano" en *La Nación*, semanario, año IV, Nos. 174-176 y 179 del 10, 17 y 24 febrero y 17 marzo 1945 y últimamente José Rojas Garcidueñas, *Don José Bernardo Couto, Jurista, diplomático y escritor. Con un apéndice que contiene cuatro obras de José Bernardo Couto: La Exposición de motivos del tratado de 1848 con los Estados Unidos, y las biografías de Andrés Cavo, Francisco Javier Echeverría, Pedro José Márquez y José María Luis Mora*. México, Universidad Veracruzana, / Jalapa /, 1964, 127 p. ils. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, Vol. 24.)

Fuente: José Bernardo Couto. *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. En *Obras del Dr. ...* 2 v. México, Imprenta de V. Agüeros, Editor, 1898. (Biblioteca de Autores Mexicanos), I-177-330, p. 195-206.

ORIGENES DE LA PINTURA EN MEXICO

Interlocutores: Couto, Clavé y Pesado.

Clavé. Estoy notando que usted se conforma con los orígenes del arte que se le indican, y se guarda de mostrarnos cómo cree que tuvo principio en México.

Couto. Yo pienso que quienes trajeron acá el arte de la pintura, y empezaron a enseñarlo a los indios, fueron los misioneros. El documento más antiguo que conozco en el particular, es la carta del primer obispo de Tlaxcala, D. Fr. Julián Garcés, al Papa Paulo III, que debió escribirse cuando más tarde en 1537. En ella habla de las escuelas que en los conventos se habían establecido para los indios, y solían contener hasta trescientos, cuatrocientos y aun quinientos discípulos,

según la holgura de cada población: y entre los ramos de enseñanza que menciona, cuenta expresamente la pintura y escultura. "De aquellas escuelas, la más célebre fue la que puso en México Fr. Pedro de Gante en la capilla de San José, que él mismo edificó."

Clavé. ¿Se sabe dónde estuvo esa capilla?

Couto. Advierta usted que aunque se le dio tal nombre, era un edificio vasto, sin puertas, de muchas naves, que luego se redujeron a cinco. Estaba en el convento de San Francisco, a la banda Oriente del atrio actual hacia la parte que ocupa ahora la capilla de Servitas, antiguo sitio de la casa de recreo de Moctezuma, de que hablan los conquistadores. "Fue en México la primera parroquia de españoles e indios; allí se les enseñaba la doctrina, y se celebraba la misa; fue también el primer seminario y escuela de todo linaje de artes y oficios en Nueva España." El padre Gante que la estableció y gobernó por largos años, puso allí en sendos departamentos talleres de sastres, zapateros, carpinteros y herreros. Puso también escuela de pintura; y el padre Torquemada recordaba que él había alcanzado a ver en la fragua de los herreros, y en otra sala grande, algunas cajas donde estaban los vasos de los colores de los pintores; si bien al tiempo que escribía no quedaba ya rastro de aquello.

Pesado. ¿En qué materia no tendremos los mexicanos que ir a buscar la primera cuna de nuestra civilización en el convento de San Francisco? El historiador Gibbon decía que Francia era una monarquía creada por los obispos: en menor escala México fue realmente una sociedad formada por ellos y por los misioneros.

Clavé. ¿Pero usted cree que el mismo padre Gante enseñaba a los indios a pintar?

Couto. Así parecen indicarlo los términos en que se explican los escritores antiguos. Y no es cosa en que pueda ponerse reparo, porque aquel insigne religioso era persona de gran disposición para todo género de artes, hasta llegar a decir algunos de sus contemporáneos que ninguna ignoraba. Observe usted por otra parte que la enseñanza que en aquella época empezó a darse a los indios, naturalmente no tendría la extensión y plenitud que tiene la que ahora se da en una Academia como ésta. Parece ser que estuvo limitada a la simple copia de los cuadros y esculturas que por entonces se traían de España, Italia y Flandes. El estudio del modelo natural, y sobre todo la composición original que es el ápice de arte, no

es verosímil que entrasen en los primeros ensayos que aquí se hicieron, y que seguirían la ley a que se sujetan los principios de todas las cosas humanas. Sin embargo, aprovechando la facilidad de imitar, que a falta de talento de invención, es común en las razas indígenas, haciéndoles notar las incorrecciones de dibujo en que antes caían, y ministrándoles los instrumentos y los procederes del arte europeo, se logró a poco que muchos de ellos adquirieran soltura y acierto en la copia, y empezaron a cubrir con sus obras la necesidad que había de cuadros y estatuas, ya por multitud de templos que en todas partes se levantaban ya por el método de catequización que con los indios se usó.

Pesado. Bien veo a qué aludes en lo último que acabas de decir. Una parte de la enseñanza, especialmente en lo que mira a la historia sagrada, se les dio presentándoles los hechos en pintura, que un predicador explicaba desde el púlpito, señalando los personajes con una vara, como se ve en la estampa que sirve de portada a la obra de Torquemada. También se les hacían representar dramáticamente los sucesos, ya por medio de hombres vivos, ya con santos de talla, de lo cual quedan vestigios en las funciones de la Semana Mayor, que se hacen en los pueblos. Casi todos los misterios cristianos se les enseñaron de esta manera, pues no se encontró otra más pronta para doctrinar a gentes rudas, que no sabían leer, y a quienes era preciso meter las cosas por los ojos. Pero ese método de catequizar exigía la producción de mayor número de obras artísticas, y debió contribuir a que la pintura y escultura tomaran desde temprano mucho vuelo.

Clavé. Reducido al principio el arte a la simple copia, aunque se produjeron bastantes obras, no podía hacer adelantos de importancia en sus partes esenciales: el dibujo y la composición. Fuera de que yo me figuro que al principio no vendrían a las Américas cuadros y modelos de primera clase.

Couto. Algunas muestras de lo que venía, se han conservado hasta nuestro tiempo, y por ahí puede juzgarse. El Santo Cristo de bulto que está en el retablo principal de la capilla que llaman de reliquias en Catedral, contigua a la sacristía, fue un presente de Carlos V a la Iglesia metropolitana.

Clavé. Decía yo que no vendrían en los primeros tiempos obras muy importantes, porque en España misma empezaba entonces a introducirse el arte que ha prevalecido en los tres últimos siglos. Alonso Berruguete, discípulo de Miguel An

gel, volviendo de Italia, nos traía los primeros destellos de la escuela llamada del Renacimiento, cabalmente a la sazón que Hernán Cortés guerreaba en México por conquistar este imperio. Creció luego aquella luz en manos de su discípulo Gaspar Becerra, pintor, escultor y arquitecto, que fue como Berruguete a estudiar en Italia. Tras él porción de españoles volaron a la culta península, y de regreso a la patria esparcieron entre nosotros la doctrina que allí habían cogido. Así lo hicieron el mudo Navarrete, Vicente Joannes, el célebre Pablo de Céspedes, Francisco Ribalta, Pedro de Villegas, mi paisano el catalán Mingot, y otros. Además, algunos artistas extranjeros de alto mérito, como el Ticiano, vinieron a trabajar en España, atraídos de la regia munificencia de Carlos V y Felipe II. De esa manera se formó dentro del siglo XVI la esclarecida escuela española que en el siguiente tuvo hombres como Velázquez, Murillo y Rivera, y de la cual procede y es una rama ésta de México.

Couto. Lo que es el arte de copiar, o sea reproducir fielmente en la obra que se hace, la obra que se toma por dechado, parece cierto que había adelantado bastante en manos de los alumnos mexicanos de aquella época. Torquemada asegura que si bien en tiempo de la gentilidad no sabían hacer hombres hermosos, después que fueron cristianos y vieron los cuadros que se traían de Europa, no había retablo ni imagen por prima que fuese, que no la retrataran y contrahicieran. Lo mismo había escrito el padre Motolinía. Y nuestro buen Bernal Díaz del Castillo no sólo dice que los lapidarios y pintores que aquí se iban formando, eran muy extremados oficiales, sino que según se le significaba, a su juicio, ni aquel tan nombrado pintor como fue el muy antiguo Apeles, ni los de su tiempo, que se decían Berruguete y Micael Angelo, ni otro moderno, natural de Burgos, que se decía que era otro Apeles y tenía gran fama, harían con sus muy sutiles pinceles las obras que ejecutaban tres indios mexicanos, grandes maestros del oficio llamados Andrés de Aquino, Juan de la Cruz y el Crespillo. Estos son los primeros nombres propios que conocemos de artistas nacionales. Muy posible es que si en Europa se hubiesen visto sus obras, los pintores y aficionados no hubieran juzgado como el amable y valiente historiógrafo de la conquista, el cual probablemente era persona más entendida en pasos de armas que en negocio de bellas artes. Sin embargo, por mucho que se cercene de su juicio, así como del de los misioneros, pienso que queda siempre lo bastante para que

creamos que algunos de nuestros paisanos eran, a lo menos, regulares copistas.

Clavé. Pero todavía eso no es el arte; es apenas el principio de su aprendizaje.

Couto. Mas antes de acabar el siglo XVI se había ya aquí salido de la estrechez de la copia, y empezádose a practicar la pintura en su propia extensión. Ustedes me preguntaban antes si queda noticia del primer maestro español venido a México. La única que he encontrado en testimonios antiguos, es la que nos da el pintor D. José de Ibarra, que parece haber conservado las tradiciones históricas de su arte. Escribiendo a D. Miguel Cabrera, su amigo, le dice que con anterioridad a Echave, Arteaga, los Juárez, Becerra, etc., es decir, antes de los artistas del siglo XVII pasó a este Reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo, quien introdujo buena doctrina, que siguieron Juan de Rúa y otros. Por D. Carlos de Sigüenza y Góngora sabemos que las pinturas del altar mayor de la capilla de la Universidad, dedicada a Santa Catarina Mártir, eran de mano del "excelentísimo pintor Alonso Vázquez"; que fueron su última obra, y que con ellas hizo un presente a la Universidad el Virrey Marqués de Montesclaros, quien gobernó desde 1603 hasta 1607. Si el Virrey mismo las había mandado hacer, entonces Vázquez coexistió en sus últimos años con Baltasar de Echave todavía joven. Aquellas obras han desaparecido; y yo hasta ahora no he logrado ver ningún otro cuadro que lleve el nombre de nuestro primer pintor, ni el de su discípulo Rúa. Tampoco he visto nada de Andrés de Concha, celebradísimo de sus contemporáneos, entre otros de Bernardo de Balbuena en la *Grandeza Mexicana*. Consta que hizo las pinturas del túmulo erigido por la Inquisición para las exequias de Felipe II en 1599, y el retablo que poco antes se había puesto en San Agustín, y que si estuvo en la antigua Iglesia, probablemente perecería en el incendio de la noche del 11 de Diciembre de 1676. Mas para juzgar en globo como Ibarra, Balbuena y los demás, quiero decir, para creer que hubo ya en el siglo XVI pintores bien aleccionados en México, me basta un hecho: el punto en que al romper el siglo siguiente encuentro la pintura en manos de Baltasar de Echave. Y como al mismo tiempo que él florecían aquí otros pintores de mérito, tenemos ya en esa época, es decir, en 1600 para adelante, una escuela formada, la cual forzosamente ha de haber tenido sus precedentes naturales. Para llegar adonde aquellos hombres estaban, ha debido antes trabajarse mucho.